

# La experiencia de la fe carismática de la Renovación en el Espíritu Santo

*Salvador Martínez*

*Presidente de la Renovación Carismática Católica*

## Introducción

«**E**spero sinceramente que la Renovación en el Espíritu Santo inspire cada vez más en la Iglesia la conversión interior, sin la cual el hombre apenas puede resistir a las tentaciones de la carne y la concupiscencia del mundo. Ser testigo de las “razones del Espíritu”: ésta es vuestra misión, queridos miembros de la Renovación en el Espíritu Santo, en una sociedad donde a menudo la razón humana parece no ser regada por la sabiduría que viene de lo Alto. Colocar en el ánimo de los creyentes que participan en las actividades de vuestros grupos y comunidades una semilla fecunda de esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno al propio trabajo».

Así se pronunciaba el beato Juan Pablo II en su última carta autógrafa dirigida a la Renovación en el Espíritu Santo, ofreciendo una ulterior “aclaración” sobre la expresión *cultura de Pentecostés* entregada dos años antes al Movimiento: «En nuestro tiempo, hambriento de esperanza, haced conocer y amar el Espíritu Santo. Ayudad ahora que prenda forma la “cultura de Pentecostés”, que es la única que puede fecundar la civilización del amor y de la convivencia entre los pueblos».

Año tras año va reforzándose en la Renovación en el Espíritu Santo la conciencia de que sin la promoción espiritual nuestras opulentas sociedades serán cada vez más relativistas y materialistas. Al final, la madre de todas las crisis es de tipo espiritual y tiene todo tipo de consecuencias en la vida humana (moral, emocional, relacional, política, económica).

En esta época de decadencia la gente espera, sí, una renovación, pero no se molestan en tratar de acoger a Aquel que es el verdadero autor de la nueva vida, buena, llena, deseado por todos: el Espíritu Santo. Hoy en día está disminuyendo el amor por el Espíritu Santo, así que las mentiras y los engaños sobre Dios y el hombre parecen proliferar con resultados que la historia pasada nunca había conocido. Consideremos, por ejemplo, la alianza entre cierta ciencia, la tecnología y la jurisprudencia para el desa-

rollo de un humanismo cada vez más anti-cristiano, alienante y deshumanizante.

El papa Benedicto XVI se ha expresado en reiteradas ocasiones en apoyo de una cultura de Pentecostés, es decir, de lo sobrenatural, del poder de la gracia contenido en el perfil carismático de la Iglesia. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, la conclusión de su tercera encíclica; una especie de llamamiento a la Iglesia al inicio del tercer milenio?: «El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, *caritas in veritate*, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don. Por ello, también en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina...».

El papa Francisco, precisamente ayer, nos ha recordado la necesidad de regresar al Espíritu Santo, de movernos hacia Él: «Necesitamos dejarnos inundar por la luz del Espíritu Santo, para que Él nos introduzca en la Verdad de Dios [...]. En este Año de la fe preguntémonos si hemos dado concretamente algún paso para conocer más a Cristo y las verdades de la fe, leyendo y meditando la Sagrada Escritura, estudiando el Catecismo, acercándonos con constancia a los Sacramentos. Preguntémonos al mismo tiempo qué pasos estamos dando para que la fe oriente toda nuestra existencia. No se es cristiano a “tiempo parcial”, sólo en algunos momentos, en algunas circunstancias, en algunas opciones. No se puede ser cristianos de este modo, se es cristiano en todo momento» (Audiencia General, Plaza de San Pedro, 15 de mayo de 2013).

En este tiempo de Pascua el papa Bergoglio ha prestado una especial atención a la Persona del Espíritu Santo y como un “pedagogo” nos ha mostrado las actitudes más adecuadas para disfrutar de su señorío.

En la Casa de Santa Marta, durante la homilía, comentando las palabras de san Esteban antes de la lapidación – «obstinados..., vosotros resistís siempre al Espíritu Santo» (Hch 7, 51) – el papa Bergoglio reiteró con gran fuerza expresiva que no hay que «domesticar» al Espíritu Santo, frenando su obra en nosotros: «Siempre, incluso entre nosotros, hay una resistencia al Espíritu Santo... Para decirlo claramente: el Espíritu Santo nos molesta. Porque nos mueve, nos hace caminar, impulsa a la Iglesia a seguir adelante. Y nosotros somos como Pedro en la Transfiguración: “¡Ah, qué bien que estamos aquí, todos juntos!” Por eso no nos molestamos... Queremos que

el Espíritu Santo nos acune... ¡Queremos domesticar al Espíritu Santo y no se puede! Porque Él es Dios, Él es el viento que viene y va y no sabes de dónde... “No te resistas al Espíritu Santo”. Esta es la gracia que deseo que todos pidiéramos al Señor hoy: la docilidad al Espíritu Santo, al Espíritu que viene a nosotros y nos hace ir hacia adelante en el camino de la santidad, la santidad tan hermosa de la Iglesia» (16 de abril de 2013).

Debemos realmente volver al Espíritu Santo, más orando que teorizando, de tal manera que la fe “dogmática” siempre vaya acompañada de la manifestación de su contenido “carismático”, dinamismo histórico del Espíritu de Dios.

En una intervención durante el Sínodo sobre la Nueva Evangelización, en el que tuve el privilegio de participar, dirigiéndome al Papa y a los presentes Padres declaré: «Permitamos a los carismas volver a revivir en todo el pueblo de Dios. Cada cristiano, desde el momento en que forma parte del Cuerpo de Cristo, debe percibirse a sí mismo como corresponsable con los otros hermanos de la nueva evangelización, no en forma genérica y abstracta, sino a partir del carisma recibido y puesto al servicio; de manera que sea admirada la comunidad eclesial, no uno o unos pocos expertos, ni este o aquel movimiento; o, peor aún, los unos contra los otros».

El beato Juan Pablo II y el papa Benedicto XVI, durante más de treinta y cinco años y con gratitud, han señalado en los carismas las nuevas energías evangelizadoras que muchos fieles laicos están poniendo al servicio de la Iglesia y del mundo, laicos capacitados en nuevas pedagogías de la fe experimentadas mediante los diversos carismas de los Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades.

Estos son, lugares donde «...se encuentran hombres y mujeres que sienten la necesidad de hablar con Dios, para poder hablar de Dios», como recordó el papa Ratzinger (I Encuentro Internacional de Nuevos Evangelizadores, 15 de octubre de 2011).

Los nuevos evangelizadores, por tanto, surgen en la contemplación de Dios, en la oración; o, mejor, de rodillas. Y, mejor aún, postrados delante de la santidad de Dios. Son primero adoradores de Dios, después desveladores de los misterios de Dios. San Pablo, en este sentido, es claro y nos hace una advertencia: «Nosotros hablamos de una sabiduría que no es de este mundo, es la sabiduría de Dios que por medio del Espíritu nosotros revelamos, expresando verdades espirituales en términos espirituales» (cf. 1 Cor 2, 6; 10 y 13).

## **1. El Espíritu causa en nosotros la experiencia de sus dones prodigiosos**

La Escritura dice: «Después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones» (Joel 3, 1-2).

«A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo, que había prometido, ha derramado esto que se puede ver y escuchar» (Hch 2, 32-33).

Así dice uno de los más antiguos Padres de la Iglesia: «¿Quién está lleno del Espíritu Santo, que hace todas las cosas de una manera razonable, enseña rectamente, vive de manera irreprochable, manifiesta en la verdad y la perfección señales y portentos. La verdadera naturaleza de los carismas es una donación del Espíritu Santo. También se dice que este Espíritu fue derramado por Dios en cada carne, para que profetice y tenga visiones, de acuerdo con Joel (3, 1-2), aquellos que lo han recibido. La palabra “efusión del Espíritu Santo” significa una abundancia extensa y rica del don del Espíritu Santo». (Dídimo el Ciego *De Spiritu Sancto*, en, 11, PG 39, 1043-1044).

Entre los fenómenos que más han caracterizado a la Iglesia después del Concilio es, sin duda, el redescubrimiento del Espíritu Santo, su presencia y acción en la Iglesia. «El gran desconocido» (León XIII, en *Divinum illud munus*, primera encíclica dedicada al Espíritu Santo, de 1897) se manifiesta en modalidades nuevas, originales, similares a la iglesia de los orígenes en la experiencia propia del Movimiento carismático, en todas sus diversas formas y expresiones.

El papa Benedicto XVI, hablando a los jóvenes con motivo del Jornada Mundial de la Juventud del 2008 en Sydney, dijo: «Tenemos necesidad de conocer al Espíritu Santo. Necesitamos familiaridad con el Espíritu Santo. Debemos reconocer la verdadera identidad del Espíritu Santo. Necesitamos una lúcida conciencia de su presencia continua y activa en la vida de la Iglesia».

Y agregó: «¡No es fácil! El Espíritu Santo ha sido, de alguna manera, la Persona olvidada de la Santísima Trinidad. Una clara comprensión de Él nos parece algo fuera de nuestro alcance... Sabemos qué es el Espíritu Santo quien, aunque silencioso e invisible, da la dirección y define nuestro testimonio de Jesucristo... La presencia del Espíritu en nosotros atestigua, constituye y construye nuestra persona en la Persona misma de Jesús cru-

cificado y resucitado. Seamos familiares del Espíritu Santo para serlo de Jesús» (19 de julio de 2008).

En cada comunidad cristiana, abierta a la experiencia del Espíritu de Pentecostés, se da por sentado que posee carismas, dones gratuitos del resucitado y viviente a sus discípulos de cada época. Sin embargo, mirando a la vida de muchas comunidades eclesiales, surge espontánea la pregunta: ¿por qué al mirar los Hechos de los Apóstoles vemos una exuberancia carismática tan grande en comparación con nuestro tiempo?

El P. Domenico Grasso, teólogo sutil, respondía así en el post Concilio: «Si la finalidad de los carismas es la utilidad común de los miembros de la comunidad eclesial, si ellos son dirigidos directamente hacia la renovación y a la mejor expansión de la Iglesia, es imposible que falten en la Iglesia de todo los tiempos, porque en todos los tiempos la comunidad eclesial se construye y tiene necesidad de renovarse y expandirse. Estas manifestaciones acompañarán a la Iglesia a lo largo de su historia, hasta el día cuando Cristo entregue el reino al Padre (cf. 1 Cor 15, 24)».

La teología de los carismas y, más en general, la *pneumatología*, son sin duda una de las ramas de los estudios más interesantes después del Concilio, pero aún no lo suficientemente difundidas e investigadas por los estudiosos. Como han declarado los padres conciliares «la Iglesia tiene la tarea de hacer presente, y casi visible a Dios Padre y a su Hijo encarnado, renovándose a sí misma y purificándose incesantemente bajo la guía del Espíritu Santo».

El Vaticano II no se limita sólo a afirmar una doctrina, sino que también ha querido dar un impulso vital a la Iglesia, desde el Espíritu Santo. «Él es el que con la fuerza del Evangelio hace rejuvenecer la Iglesia, la renueva perpetuamente».

El papa Juan Pablo II explicitó esta «novedad providencial» de los movimientos y de las nuevas comunidades en Pentecostés de 1998. En aquella ocasión dijo que «bajo la guía del Espíritu, la Iglesia ha redescubierto como constitutiva de sí misma la dimensión carismática. El aspecto institucional y carismático son co-esenciales para la constitución dogmática de la Iglesia».

No hay, por lo tanto, oposición entre una Iglesia carismática y una iglesia institucional. Es actual la antigua lección: «Porque donde está la Iglesia, allí está el Espíritu y donde está el Espíritu allí está la Iglesia». Toda la Iglesia es carismática, porque el Espíritu habita activamente en ella, la anima con su dinamismo y la enriquece con sus multiformes funciones.

El Espíritu es reconocido sólo en la acción, es decir, en sus obras. Tres verbos de movimiento que hacen hincapié en el dinamismo incesante, a través del cual, los dones y carismas se manifiestan en nuestra vida espiritual:

1. Descenso. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (Lc 1, 35).
2. Emanación. «Jesús, habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo, lo ha infundido» (Hch 2, 33).
3. Derrame. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Rm 5, 5).

Siempre es bueno recordar que el Espíritu Santo, aun cuando actúa “fuera” del hombre –basta pensar en las llamas que se posan sobre los apóstoles, María y las mujeres reunidas en el Cenáculo – obra actualmente y tiene un impacto apreciable “en el interior”. Como dice Jesús, «mora con vosotros y estará en vosotros» (Jn 14, 17).

Interrogando las Escrituras y considerando la presencia y la acción del Espíritu en nosotros, surgen algunas “correspondencias humanas” necesarias para no descuidar el Espíritu, apagarlo, desecharlo en nuestras vidas: «Vivir por el Espíritu» (Gal 5, 16-17), «someterse al Espíritu» (cf. Hch 5, 32), «conocer las cosas del Espíritu» (cf. 1 Cor 2, 12-13), «amar al Espíritu que celosamente nos ama» (cf. St 4, 5).

La potencia del Espíritu que se manifiesta en nuestras vidas, a través de dones y carismas, está dirigida también a la liberación de los que están bajo el poder del maligno (cf. Hch 10, 38): los enfermos, los oprimidos, los encadenados de fuerzas negativas que les impiden experimentar la libertad de los hijos de Dios. El poder del Espíritu se manifiesta, sobre todo, en nuestra debilidad: «Pues cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 10).

Al recoger estas evidencias y mirar la senda de la Renovación en el Espíritu Santo, no podemos no señalar dos pasos magisteriales importantes de Juan Pablo II, en la que el Papa reconoce lo propio de la belleza y la fuerza de la vida carismática, fuente de vida nueva para tantos miembros del Movimiento.

«¡Cuántos fieles laicos – hombres y mujeres, jóvenes y ancianos – han experimentado en su propia vida el asombroso poder del Espíritu Santo y de sus dones! ¡Cuántas personas han redescubierto la fe, la alegría de la oración, el poder y la belleza de la palabra de Dios, traduciendo todo esto en el servicio generoso a la misión de la Iglesia! ¡Cuántas vidas han sido profundamente cambiadas! Por todo esto hoy, junto con ustedes, quiero alabar y dar gracias al Espíritu Santo».

Y en otra ocasión añadía: «¡Sí! La renovación en el Espíritu Santo puede considerarse un don especial del Espíritu Santo a la Iglesia de nuestro tiempo. Nacido en la Iglesia y para la Iglesia, vuestro movimiento es uno en el que, a la luz del Evangelio, se hace la experimenta del encuentro vivo con Jesús, de fidelidad a Dios en la oración personal y comunitaria, la escucha confianza a su Palabra, el redescubrimiento vital de los sacramentos, y también el valor en las pruebas y de esperanza en las tribulaciones».

## **2. La vida carismática en el servicio de la Iglesia**

La Escritura nos recuerda: «Ciertamente, hay diversidad de dones, pero todos proceden del mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos. En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común. El Espíritu da a uno la sabiduría para hablar; a otro, la ciencia para enseñar, según el mismo Espíritu; a otro, la fe, también el mismo Espíritu. A este se le da el don de curar, siempre en ese único Espíritu; a aquel, el don de hacer milagros; a uno, el don de profecía; a otro, el don de juzgar sobre el valor de los dones del Espíritu; a este, el don de lenguas; a aquel, el don de interpretarlas. Pero en todo esto, es el mismo y único Espíritu el que actúa, distribuyendo sus dones a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor 12, 4-11).

«ya que ustedes ambicionan tanto los dones espirituales, procuren abundar en aquellos que sirven para edificación de la comunidad» (1 Cor 14, 12).

«Dios añadía su testimonio con signos y prodigios, con toda clase de milagros y con los dones del Espíritu Santo, distribuidos según su voluntad» (Hb 2, 4).

«Pongan al servicio de los demás los dones que han recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 Pe 4, 10).

A tal propósito el Catecismo expone: «Los carismas se han de acoger con reconocimiento por el que los recibe, y también por todos los miembros de la Iglesia. En efecto, son una maravillosa riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad de todo el Cuerpo de Cristo; los carismas constituyen tal riqueza siempre que se trate de dones que provienen verdaderamente del Espíritu Santo y que se ejerzan de modo plenamente conforme a los impulsos auténticos de este mismo Espíritu, es decir, según la caridad, verdadera medida de los carismas (cf. 1 Co 13)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 800).

Me gustaría referir un comentario a otro gran Padre de la Iglesia: «Por otro lado, uno sólo no puede recibir todos los carismas espirituales, porque el Espíritu distribuye sus dones a cada uno según la fe (Rom 12, 6), pero, en la vida común, el carisma propio de cada uno se convierte en bien común de todos. A uno, de hecho, se le da una palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, a otra fe, a otro profecía, a otro el carisma de curación, etc. (cf. 1 Cor 12, 8-10). Quien recibe uno de estos regalos no lo recibe tanto para sí mismo, como para los demás, de modo que, en la vida común, la fuerza del Espíritu Santo concedida a uno se convierte en la de todos necesariamente. Quien vive en el aislamiento quizás tiene un carisma, pero lo hace inútil para la pereza, ocultándolo en sí mismo. Mientras que alguien que vive en una gran comunidad cuenta con su propio carisma y lo aumenta participándolo y aprovecha los de los demás como si fueran suyos» (san Basilio de Cesarea, *Regulae*, q. 7: PG 31, 951).

Los carismas dados por el Espíritu a una comunidad de creyentes conllevan tres aspectos:

1. «Algunos se conceden para impulsar a los miembros de la comunidad, en la cual se reciben, a llevar una vida recta y así embellecer la Iglesia con la perfección de su conducta.
2. Otros se otorgan para fortalecer a algunos miembros de la Iglesia a través de la enseñanza segura de la doctrina cristiana.
3. Otros, en fin, se otorgan a algunos para hacerlos idóneos para gobernar y cuidar de las almas de los creyentes».

### **3. Algunas evidencias comunitarias**

*Para cada uno un solo carisma, a ninguno la totalidad de los dones*

En la comunidad de creyentes las personas reciben diferentes carismas; sin embargo, a ninguna persona vienen concedidos los dones en manera integral y estable. Explicando la doctrina de los carismas, san Pablo afirma: «A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Cor 12, 7), señalando – en el versículo anterior – que «hay un solo Dios, que obra todo en todos» (1 Cor 12, 6).



*Los miembros de una comunidad, todos juntos y cada uno a su manera, forman el cuerpo de Cristo*

En la unidad del Espíritu los miembros de una comunidad se ofrecen, los unos a los otros, la ayuda necesaria mediante los carismas que recibieron. San Pablo atestigua a los romanos: «Incluso nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. Tenemos dones diferentes, según la gracia dada a cada uno de nosotros» (Rm 12, 5-6a).

*La distribución de los dones siempre seguirá siendo un misterio*

Siempre permanecerá oculto en el corazón de Dios el conocimiento de las razones por las que el Espíritu Santo distribuye sus dones en maneras tan diferentes, y tan diferentes de un individuo a otro. «Todas las manifestaciones especiales del Espíritu [carismas] es el uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor 12, 11).

*La realidad del Espíritu se entiende mejor orando, en lugar de teorizando*

Tenemos, por supuesto, el bien de este extraordinario contacto con el Espíritu de Dios, pero ninguna palabra humana nos hará alguna vez encontrar las expresiones más adecuadas para describir este derramamiento del Espíritu Santo. San Pablo nos recuerda: «¿Quién conoce los pensamientos de un hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así, incluso los secretos de Dios nadie ha sido capaz de saber si el Espíritu de Dios» (1 Cor 2, 11).

*La ciencia humana no puede penetrar en la sabiduría del Espíritu*

Nuestra ciencia, en comparación con la ciencia divina, es ignorancia, porque lo que nos hace sabios viene de una participación de la sabiduría de Dios en el Espíritu, y no por una comparación con él, que el Espíritu reta y apaga. «¿Puede un hombre ser útil a Dios? Incluso el más capaz, ¿le es útil en algo?» (Job 22, 2).

La Tradición cristiana no ha considerado exhaustivo el número de los dones mencionados por san Pablo. Es una verdad, esta, que nos recuerda el papa Juan Pablo II: «Debe tenerse en cuenta que la numeración no tiene un carácter restrictivo: Pablo señala los dones de particular importancia en la Iglesia de la época, dones que no han cesado de manifestarse también en

épocas sucesivas, pero sin agotar, ni en los orígenes o más tarde, todo el espacio abierto siempre a los nuevos carismas que el Espíritu Santo puede otorgar de conformidad a las nuevas necesidades». Esto significa que debemos permanecer abiertos a las maravillas y milagros que el Espíritu obra, a las nuevas “siembras” de dones carismáticos, ordinarios y extraordinarios, que el Espíritu no cesa de conceder a la Iglesia.

#### **4. La cultura de Pentecostés**

«He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12, 49).

Esta es nuestra misión: incendiar el mundo con el fuego del Espíritu Santo, de acuerdo con el deseo “pentecostal” de Jesús.

Pentecostés es algo que sucede en el espacio y en el tiempo. Es una iniciativa divina, a la cual debe corresponder una acción humana: sin esto no ocurre, sin esta continua confianza y apoyo del Espíritu, el futuro de la Iglesia, la difusión de la salvación de Cristo entre los hombres se frena, altera, afecta, no se revela en toda su capacidad profética, en toda su fuerza de amor.

Cuando hablamos de cultura de Pentecostés no indicamos una teoría espiritual, una especie de “ideología carismática” post-conciliar. La efusión carismática del Espíritu Santo es un acontecimiento soberano de Dios; se renueva en la historia y el tiempo como Providencia de Dios. ¡Pentecostés no se discute, se vive! Se vive y revive en todos los niveles posibles: personal, familiar, comunitario, eclesial, social.

#### *¿Por qué una cultura de Pentecostés en el mundo contemporáneo?*

«La historia no está en las manos de poderes oscuros, el azar o sólo a las decisiones humanas», dijo el papa Benedicto XVI desde el inicio de su pontificado. «Ante el desencadenamiento de energías malvadas, la irrupción vehemente de Satanás, la aparición de tantos azotes y males, se eleva el Señor. Dios no es indiferente a los asuntos humanos, sino que penetra en ellos realizando sus proyectos y su obra eficaz».

La aventura de la humanidad no es confusa y carente de significado, ni está irremediabilmente condenada al abuso por parte de los arrogantes y perversos. De hecho, existe la posibilidad de reconocer la acción divina del Espíritu en la historia: guardián de la puerta de la historia, de la venida de Jesús, es el Espíritu Santo. Custodio de las promesas de Jesús en la vida de la

Iglesia es el Espíritu Santo. Centinela armado de la sabiduría que grita la alarma y muestra a los hombres cómo lidiar con el mal es el Espíritu Santo.

«El Espíritu Santo nos ayuda a comprometernos siempre, a pesar del miedo al fracaso, para hacer frente a los peligros y superar las barreras que separan las culturas con el fin de anunciar el Evangelio», dijo Juan Pablo II a los jóvenes (XIII Jornada Mundial de la Juventud de 1998, escrito de preparación del 30 de noviembre de 1997).

Preguntémosnos: ¿qué confianza tenemos en la presencia y la acción del Espíritu Santo, en nuestros días, en medio de los sufrimientos de la cultura de nuestro tiempo? Brota un nuevo milenio de vida cristiana, pero ¿qué premisa hemos puesto para que la verdad de Cristo y el pensamiento humano se encuentren, para que la tierra no cuestione el cielo, para que el amor de Dios no sea un elemento accesorio en la construcción de un nuevo mundo?

¡A juzgar por los lamentos, las huidas, los reproches se podría argumentar que todavía hay muy poco espacio reservado para los hombres y poco espacio reservado a la iniciativa del Espíritu de Dios!

Sin embargo, Juan Pablo II nos recordó que «el Espíritu Santo hace que la Iglesia sea amiga de toda búsqueda auténtica del pensamiento humano y estime sinceramente el patrimonio de sabiduría elaborado y transmitido por las diferentes culturas. En ello ha encontrado expresión la inagotable creatividad del espíritu humano dirigido por el Espíritu de Dios hacia la plenitud de la verdad» (Juan Pablo II, Audiencia general, 16 de septiembre de 1998).

Esta amistad es sostenida por el Espíritu Santo y con su gracia. Amistad decepcionante para muchos, una amistad perdida y encontrada por otros; una amistad supuesta y no vivida por tantos otros ahora.

En Pentecostés el Espíritu “demuestra” la amistad de Cristo, que es para todos los hombres. Y es precisamente esta amistad, esta solidaridad con los hombres, especialmente con los más vulnerables, los más débiles de los débiles – el embrión o el moribundo, sin voz y sin dignidad de persona – que nos da «el criterio para distinguir la verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad» (Benedicto XVI).

Existe una relación de amor que desde el Pentecostés histórico de Jerusalén los cristianos nunca han dejado de ofrecer a la humanidad. A la misión histórica amorosa, llena de compasión, visible y trágica de Cristo, sucede aquella consoladora, interior, invisible y, al mismo tiempo, dramática misión del Espíritu Santo, una misión que se nos ha confiado, una responsabilidad que no puede ser ignorada.

Se trata de un antiguo parentesco, largo de veinte siglos, que en estos días nos gustaría llegase a ser presagio de un cristianismo nuevo, renovado por el Espíritu, de una vida cristiana cada vez más vivida en el Espíritu y por lo tanto dedicada al bien, fuerte en la lucha contra el mal, brillante en la denuncia de la mentiras y compasiva ante los dolores del mundo.

Es por eso que sentimos el deber de reconocer la presencia y la acción del Espíritu Santo. Por eso queremos compartir la Cultura de Pentecostés que guía nuestras vidas.

Desde hace cuarenta y seis años en todo el mundo, cuarenta y un años en Italia, la Renovación en el Espíritu Santo ha hecho el compromiso de «hacer conocer y amar al Espíritu Santo», consigna que en el 2002 se ha hecho preciso mandato apostólico del papa Juan Pablo II a nuestro rumbo y dirección.

Al mundo le falta ahora la lección de hermandad universal de Pentecostés, la teología dominante carece de la cultura del milagro de Pentecostés, los sistemas políticos y sociales aún son pobres del dinamismo del amor de Pentecostés.

Se nos pide regalar al nuevo milenio y al primer siglo que se nos ha permitido vivir el “Evangelio del Espíritu Santo”, con la misma pasión testimonial que estaba en el corazón de fuego de Elena Guerra a principios del siglo pasado.

¿Cuántos cristianos parecen vivir una existencia pre-pentecostal, es decir, la ausencia del Espíritu Santo en sus vidas? ¡Donde hay miedo no hay una cultura de Pentecostés, donde hay indiferencia no existe una cultura de Pentecostés, donde hay impotencia, donde hay confusión, donde hay pereza, donde hay individualismo, no existe una cultura de Pentecostés!

El Espíritu Santo sigue siendo un «desconocido» (León XIII) para la mayoría de la gente; demasiado a menudo es ajeno a nuestra cultura religiosa, a las tendencias culturales dominantes, a la catequesis y a la *homilética*, a la educación familiar y escolar.

La Cultura de Pentecostés reclama «cultivadores del Espíritu». No hombres educados que hacen vivir a Dios en el mundo de las ideas; sino testigos, que dan ciudadanía al Espíritu, que recuerdan la actualidad de la efusión del Espíritu y no desean otra cosa que procurar honor a Dios.

La cultura de Pentecostés se realiza con la vida, no con palabras. Los testimonios del Espíritu implementan el amor de Dios, que es para cada hombre que camina sobre la tierra.

### *La cultura de Pentecostés es el antídoto contra el «mal oscuro» del mundo*

La cultura de Pentecostés es una nueva sabiduría, una nueva manera de tejer los asuntos humanos, que no excluyen a Dios, sino que lo incluyen.

Pentecostés inaugura la civilización del amor, porque el Espíritu es benéfico y amigo de los hombres, fundador de la nueva antropología traída por Cristo. En Pentecostés viene una nueva sociología, sobrenatural (cf. L. Sturzo, H. de Lubac, Karl Rahner), un nuevo humanismo impregnado de los valores del Espíritu.

Antes de Pentecostés los Apóstoles estaban desorientados, pensaban que habían perdido a Cristo, se veían incapaces de planificar su futuro, replegados sobre su pasado, entre la nostalgia y arrepentimiento. Con la llegada del Espíritu Santo, todo cambió de improviso: Pedro y los demás Apóstoles se saben “hombres nuevos”, capaces de pensar, de juzgar, de decidir, de moverse, de interactuar de una manera nueva.

En Pentecostés nacen hombres nuevos. Nace un nuevo estilo de vida, una nueva cultura: nace la cultura de Pentecostés, que es la capacidad espiritual, es decir todo interior – no se compra, ni se aprende de doctrinas humanas – que cada hombre puede experimentar para ser capaces de resistir el mal, luchar contra el mal, defender el bien, para alimentar el bien.

En el día de Pentecostés, según relata san Lucas, autor del libro de los Hechos, las naciones presentes en Jerusalén asistieron al gran milagro de la venida del Espíritu Santo, y se preguntaron, «¿Qué significa todo esto?» (Hch 2, 12).

Tal vez aún hoy hay quien se pregunta «¿qué significa todo esto?» ¿Qué tiene que ver el mundo contemporáneo, agitado y lleno de mil pensamientos, con este cristianismo vivo del Espíritu Santo, del que se quiere dar noticia? ¿Qué relación podrá existir?

En Pentecostés comienza la verdadera vida interior de la historia humana: los hombres aprenden desde el interior lo que significa vivir, amar, sufrir, a dar la vida por lo que se cree.

La cultura de Pentecostés es exactamente lo contrario de la cultura del relativismo. «¿Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en las últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuántas modas de pensamiento?», señalaba el cardenal Ratzinger en la homilía de lunes 18 de abril 2005, con motivo de la *Missa pro eligendo Pontifice*, antes del inicio el Cónclave. «Cada día nos damos cuenta de lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que se esfuerza por atraer a la gente al error».

«El relativismo, es decir, dejarse llevar por todo viento de doctrina, parece la única actitud adecuada en los tiempos modernos».

Si soplan los vientos de doctrinas humanas engañosas y fraudulentas, sopla todavía más potente el Espíritu Santo y barre cada aversión a Cristo y a su Evangelio. Sopla el Espíritu Santo y quiere devolver la belleza de la Iglesia a la historia de toda tierra pisoteada por el pie de cualquier creyente.

En Pentecostés el Espíritu vence las barreras erigidas por el orgullo y el individualismo humanos: supera las barreras de los sistemas políticos hostiles a la religión, vence las barreras ideológicas de los regímenes inhumanos, vence las barreras sociales de las clases separadas que fragmentan la raza humana, vence las barreras culturales de estilos de vida resultantes de los distintos sistemas de pensamiento.

Con la cultura de Pentecostés la Iglesia se hace más fuerte por el Espíritu para defender al hombre de sí mismo, de la «cultura de la muerte», cuando proclama que la ciencia debe aliarse con la conciencia e inspirarse en la ética, porque no todo lo que es técnicamente viable es moralmente permisible.

Con la cultura de Pentecostés la Iglesia tiene un parámetro para el hombre, que es una persona y no un objeto de manipulación multiforme, y este parámetro es el Evangelio, que es la Verdad de Dios para el bien de todos los hombres, y no el “dato relativo”, es decir, mi verdad, por mi bien y el de que opina como yo.

Cultura de Pentecostés es despertar la conciencia dormida, es aumentar los esfuerzos de las conciencias humanas para no aplazar las tensiones entre el bien y el mal.

### *Cultura de Pentecostés al servicio de la verdad*

No es posible permanecer en silencio de frente a la actual apatía o intento de trivialización que lleva a algunos incluso a burlarse de los grandes temas de la espiritualidad cristiana: se debe encontrar un nivel de palabra, de comunicación más profunda. Tenemos que dar voz a la interioridad: iniciar a los creyentes a la lengua de la interioridad, liberando y curando la palabra que está enferma de la apariencia, que no parece reconocer la inspiración del Espíritu, sus reclamos.

Conocer a Dios es experimentar su Espíritu; el hombre conoce a Dios cuando mediante la fe puede penetrar en el Espíritu de Dios las realidades invisibles. Creer es ver lo invisible.

Debemos reconocer nuestras carencias espirituales, todos, sin excepción. Para esto se requiere valentía, pero ¡es que es necesario! Reconocer nuestras limitaciones es «hacer la verdad», como recuerda Jesús a Nicodemo (Jn 3, 21). Sólo el Espíritu de la verdad nos hace renacer. Es la verdad la que libera. La creencia de que nosotros solos no podemos lograrlo es el mejor empuje para alcanzar el Espíritu de Dios que viene a nuestro encuentro.

El poder milagroso del Espíritu, cuando conquista una persona, produce una experiencia maravillosa. Abraza a toda la persona: mente, voluntad, emociones, cuerpo, alma. Pero no destruye al hombre, sino que mejora todas sus capacidades, todos sus buenos recursos, anulando los negativos. No sustituye a la planta, ni la destruye, sino que la hace florecer, a fin de producir frutos maravillosos.

Hemos de creer que el Espíritu quiere impregnar también el mundo de la tecnología y de la industria. Es importante que los caminos de la tecnología y la industria, que hasta antes del s. XVIII el hombre no había conocido en toda la fuerza y la potencia abrumadora que contienen, estén disponibles para el Espíritu. Se trata de un producto del ingenio humano, que es un don del Espíritu. Es nuestra responsabilidad de fe el que este mundo sea ordenado por el Espíritu de Dios y sus recursos respondan a las auténticas necesidades humanas.

Sin el Espíritu de Dios cualquier forma de poder que esté en las manos de los hombres puede convertirse en una poderosa arma del diablo, cuyo propósito es destruir la creación, destruir al hombre. Muchos se preguntan: ¿la técnica nos va a oprimir o a liberarnos? ¿Será poder de Dios o el poder demoníaco? Depende de nosotros, depende de los hombres que se dejen conquistar del Espíritu de Dios

El hombre de la cultura tecnológica está fascinado por las posibilidades terrenales, todo proyectado hacia un futuro en la tierra. El hombre está muy ocupado con los problemas de esta tierra, que ya no pueden respirar el aire del Espíritu de Dios. Ya no es capaz de encontrar a Dios.

La generación actual se pregunta: ¿qué tiene que ver mi fe con mi vida, con mi trabajo, con el mundo en el que vivo y me debo conservar? El hombre de hoy tiene siempre más la impresión de que “el Dios de la vida eterna” no tiene nada que ver con este mundo, con nuestras vidas. Vivimos sin él, casi no sentimos la necesidad de que se convierta en “el Dios de aquí”.

Dios no se pone en contra de este mundo creado por Él: lo quiere lleno del Espíritu con que Él nos ha creado y nos mantiene vivos. Cuando Jesús

habla del mundo contrario al Espíritu de Dios, nos habla de ese mundo sin Espíritu y contra el Espíritu; ese mundo que no quiere la deificación del hombre, sino su materialización; el mundo que no tiene la regla áurea de la caridad, sino la del egoísmo.

Cultura de Pentecostés es, en definitiva, la verdad sobre el hombre, a la luz del verdadero poder que Dios da a los hombres. Cultura de Pentecostés es librar sin ambages de todo engaño, mentira y falsedad actuales las verdades fundamentales de Dios sobre el hombre.

## **5. Cultura de Pentecostés en el servicio de la vida**

Cultura de Pentecostés es reconocer y anunciar todos los milagros, los prodigios, las maravillas que el Espíritu hace en cada hombre. ¡Sí, en cada hombre, porque a todos es dado el Espíritu Santo! El Espíritu Santo es el origen mismo de la pregunta existencial del hombre, una pregunta que surge no sólo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser hombre.

Cultura de Pentecostés es tomar conciencia de que la presencia del Espíritu está inscrita en la historia de la humanidad; es darse cuenta de la presencia y acción el Espíritu Santo, que con el soplo de la vida divina impregna la peregrinación terrena del hombre y hace confluir toda la creación, toda la historia, a su fin último, el océano infinito de Dios.

Cultura de Pentecostés es convertir el mundo de los hombres en un espacio de verdadera fraternidad.

No habrá una cultura de Pentecostés si no restituimos al hombre lo que es constitutivo de su humanidad, si no los salvamos de su alienación dolorosa, de ese estado de “reproducción mecánica”, animal, al que la estulticia colectiva quiere empujarle.

El tiempo en que vivimos, por desgracia, está impregnado cada vez más por la sequía de los valores espirituales, una era que desconcierta por la aridez del desierto que caracteriza a muchos hombres incapaces de dar respuestas de sentido para una generación que está perdiendo la verdad sobre el hombre. Estamos aceptando pasivamente que el reino del subjetivismo extremo continúe produciendo y justificando la multiplicación de la violencia y de la crueldad. Sí, porque el egoísmo es una escuela de la crueldad.

Cultura de Pentecostés es la respuesta a esta idolatría del yo – egolatría – que consiste en una abierta oposición a Dios y a su sabio plan creador.



Cultura de Pentecostés es cultura de compromiso por la defensa del hombre, no abstracciones o ideales filosóficos. En el fondo, lo que muchos rechazan es la capacidad de sacrificarse por los demás, sufrir con los demás, de ofrecerse a sí mismos por los demás; y he aquí por qué el Crucifijo no es un signo elocuente de la más alta sabiduría humana y se convierte en un símbolo incómodo, que ha dejado de pertenecer a un tiempo cada vez más replegado sobre sí mismo.

Y, sin embargo, aquel Crucificado ha enseñado a los hombres el arte de vivir, el arte de que el otro valga más que yo mismo, siempre y a pesar de todo. De aquí brota una cultura de Pentecostés, un estilo de vida inspirada e orientada por el Espíritu Santo.

¡Cuánta libertad interior, verdadera libertad; cuánto silencio que se hace oración, meditación y escucha son necesarios para construir este futuro más humano que todos invocamos y que ninguno logra darnos!

¡Cuánta educación necesitamos para ser señores de nosotros mismos! Una educación libre de cualquier tipo de alergia a los cristianos ¡Como si nuestra confianza en el hombre fuera un producto de la fe, una especie de virus letal para debilitar la humanidad.

No habrá cultura inter-humana, como en el día de Pentecostés; no habrá civilización del amor sin un uso adecuado y responsable de la libertad humana. Especialmente en las decisiones que afectan toda la vida, que empeñan la propia vida y la de otros también.

La vida no es un viaje hacia lo desconocido; sino que cada uno de nosotros conoce bien sus propias miserias, las situaciones que lo aquejan, su íntima necesidad de ayuda: todos tenemos necesidad de la plenitud del Espíritu de Dios, la solución que nos ofrece Jesús para dar claridad en nuestra propias vidas.

## **Conclusión**

Por lo tanto, se trata de reavivar el fuego del Evangelio, donde la ceniza parece haber apagado la llama del Espíritu. La nueva evangelización está dirigida a los cercanos, antes que los alejados, es decir, para aquellos que no creen. En este último caso corresponde a la primera evangelización, la llamada *missio ad gentes*. ¡La nueva evangelización para los cristianos vivaces pero no demasiado o para los cristianos reacios al fuego! Para nosotros y para nuestros hijos bautizados, para aquellos que nominalmente pertenecían a las filas de los creyentes, pero viven como si Dios no existiera. La nueva evangelización para una Iglesia que confiesa la fe apagada, una fe muerta.

Como dijo Benedicto XVI, al concluir el Sínodo sobre la Nueva Evangelización: «la nueva evangelización concierne a toda la vida de la Iglesia. Se refiere, en primer lugar, a la pastoral ordinaria que debe estar más animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los creyentes que asisten regularmente a la Comunidad [...] Se trata de las personas que están bautizadas pero que no viven las necesidades de bautismo» (Homilía en la Basílica Vaticano, 28 de octubre de 2012).

El papa Pablo VI, así definía la efusión del Espíritu Santo en la vida de un hombre: «Fuego en el corazón, Palabra en los labios y la profecía en la mirada».

Dos días más tarde, profundizando en el Cónclave y su elección, el papa Francisco quiso reiterar en un modo muy preciso y expreso la relación entre «el Espíritu Santo y la nueva evangelización», trazando una especie de plan pastoral:

«Nunca nos dejemos vencer por el pesimismo, por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día; no caigamos en el pesimismo y el desánimo: tengamos la firme convicción de que, con su aliento poderoso, el Espíritu Santo da a la Iglesia el valor de perseverar y también de buscar nuevos métodos de evangelización, para llevar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. Hch 1,8). La verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio» (Discurso a los Cardenales, 15 de marzo de 2013).

Sí, la Iglesia está mecida con el viento impetuoso de Pentecostés, «el poderoso soplo del Espíritu» que quiere hacer añicos todas nuestras resistencias humanas para que «Cristo sea anunciado en todas las formas» (Flp 1, 18). A partir de esta confianza en la presencia activa del Espíritu vendrá el futuro de la nueva evangelización.

¡Sin el Espíritu Santo no nos hagamos ilusiones, las cuentas de la nueva evangelización no van a salir y vamos a ser los constructores que trabajan en vano! Para una nueva evangelización sirven hombres nuevos, con un sentido de lo espiritual renovado, profetas que nos orienten a las realidades últimas de nuestra fe, aquellos de los que la gente tiene una necesidad interior incontenible: la vida eterna, el cielo, los «nuevos cielos» que el Espíritu ya anticipa en nuestra tierra.